

SEVILLA.

1823.

# Hemeroteca Municipal de Madrid

LA CASA DE LOS LOCOS O CARTAS CRITICAS DEL POLITICO MA-  
CHUCHO, PARA DESENGAÑO DE LOS LIBERALES SEDUCIDOS, Y PRE-  
SERVATIVO DE LOS CIUDADANOS CATOLICOS.

Son 4 cartas.

68 14590

Impr. M<sup>a</sup> del Carmen Padrino.

Bibl.<sup>a</sup>:

344



LA CASA DE LOS LOCOS  
 Ó CARTAS CRITICAS DEL POLÍTICO MACHUCHO,  
 PARA DESENGAÑO DE LOS LIBERALES SEDUCIDOS,  
 Y PRESERVATIVO  
 DE LOS CIUDADANOS CATÓLICOS.

CARTA PRIMERA.

EN QUE SE COMIENZA Á IMPUGNAR EL SISTEMA DE Montesquieu sobre la division de poderes, haciendo ver *que sus motivos son falsos, sus principios absurdos, y sus consecuencias peligrosas y funestas.* Se demuestra asimismo, que siendo esencial á toda Soberanía la universalidad de poderes; cualquier Asamblea representativa, que los divida, debe ser monstruosa, y la ruina del Estado en estos tiempos revolucionarios, en que se quieren hacer valer los derechos de *igualdad, libertad y Soberanía del pueblo.*

CON LICENCIA: SEVILLA: 1823.

---

Imprenta de doña María del Carmen Padrino.



AYUNTAMIENTO DE MADRID

OFICINA DE ECONOMIA Y HACIENDA

REPARTICION DE INGRESOS

REPARTICION DE INGRESOS

REPARTICION DE INGRESOS

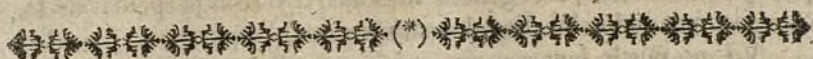
REPARTICION DE INGRESOS

REPARTICION DE INGRESOS

REPARTICION DE INGRESOS

REPARTICION DE INGRESOS





CÁDIZ 10 DE AGOSTO DE 1823.

**A**migo y muy señor mio: gracias á Dios que despues de tanta peste é inmundicia como han abortado las plumas filosóficas en estos tres años y pico de nuestra Constitucion política; que despues de tantas sandeces, insultos y locuras como han escupido nuestros liberales, y últimamente, que despues de tantos absurdos, y mentiras con que han trastornado el cerebro á los incautos, ó á los de un corazon corrompido; podemos ya hablar con el idioma de la verdad, que tan oprimido ha estado entre las violencias y astucias del prestigio, con que nuestros filósofos habian hecho un comercio exclusivo para engañar á los bobos. No nos queda otro consuelo que aunque sus boberias ambiciosas han comprometido nuestra existencia, no tenemos que arrendarles la ganancia que han tenido en ellas. Los unos andan tan gordos y lucidos como ellos querian ver á los Frayles: los otros con su honroso uniforme local, en que se distinguian muy poco de los demonios, han soltado ya no solo los calzones; sino hasta el mismo lugar donde se los ponian, pues andan por aqui unas geringuitas francesas, que entrando el caldo por donde debe, salen por donde no deben hasta las tripas envueltas entre los papeles liberales, que les causaron la enfermedad. Los únicos que parecen mejor librados son los que han escapado del alcance de estas lavativas y del ceño funesto de la hambre; pero si he de decir lo que siento, me parece mucho peor, no solo su futura suerte; sino tambien la que les rodea en esta santa casa del hospicio, donde han venido á parar por último, en premio de sus calentones de cabeza, para egem-



plar y escarmiento del género filosófico, y risa perpetua de los que gozamos todos los dias de estas escenas.

Vd. no puede ignorar que mi innata afición á todas las ciencias y facultades, me ha hecho siempre buscar con ansia los mejores maestros de todas ellas, y que tratándose de la medicina, que es mi favorita en el dia, no habia de escoger en la práctica á un profesor que no fuese completo en todos los ramos que pudiesen constituirlo perfecto y consumado. La buena suerte que siempre me ha seguido en la elección de sugetos, me ha deparado casualmente para esta facultad á un célebre médico llamado *D. Crispin*, hombre grande á todas luces, como no sean de las modernas, y tan versado en materias teológicas, divinas Escrituras, sagrados Cánones, santos Padres, filosofía, política, derecho público, historia y demas ciencias constituyentes de un verdadero sabio, que siéndolo tambien en la medicina, fuera esta quizás la menor parte de su complemento científico, sino sobresaliera en ella por una especial gracia y habilidad que ha descubierto para conocer y curar locos, cuya enfermedad se ha tenido siempre por incurable, y mas en estos tiempos, donde siempre viene muy complicada con los vicios de *uña* ó de *sandéz*, sus inseparables compañeros; pues aunque yo conocí sanar en Sevilla á un locazo de primer orden, ó *loco por principios*, para explicarme á la moderna; quedó sin embargo tan solapada su enfermedad y embarazo de cerebro; que en poco mas de tres años que ha durado el sistema de sus compañeros, ha parido sin duda mas locos de su especie, que peces suelen aparecer en el Guadalquivir en el desove de los Sábalo.

Con este célebre facultativo ya mencionado, que por sus altos conocimientos ha sido nombrado de orden superior por médico titular de este piadoso establecimiento, fuí el otro dia por mi fortuna, como pasante y acompañado, para visitar las cuadras y enfermerías, en que existen tantos desgraciados hijos de la filosofía moderna. Tomadas pues, las señas del sitio y lugar donde estaba el hospicio, nos encaminamos á él por donde nos habian informado, hasta que dimos con el edificio, que nos pareció bien pequeño en el dia para tantos enfermos como deben ocuparlo. Al llegar á la puerta principal de la casa nos hallamos en ella sentado á un hombre como de sesenta años, tan enxuto y macilento, que parecia



un naype en equilibrio: sus ojos eran vivos, desencaxados y centellantes, cuyas pupilas corrían precipitadamente por su retina como las bolas de villar por encima de la mesa. De cuando en cuando hacia tales admiraciones con ellos, acompañadas de tan repetidas manotadas y desentonadas voces, que creímos estaba predicando. No pudimos entenderle otra cosa, entre sus furiosos y descompasados acentos, que las voces de *Patria, libertad, cadenas, grillos, manducantes, preocupaciones, fanatismo* y otras muchas de esta laya, que como ya todos sabíamos de memoria muchos años hace, no nos llamaron la atención, ni detuvieron à mi maestro para que le preguntase *si era aquella la casa de los locos*, que iba procurando. No creímos seguramente que aquel lo estaba, porque en las señales y demostraciones, que en él se advertían, se confunden mucho en el día aquellos con los cuerdos, si estos fueren de los cursantes y alumnos de la nueva filosofía: mas ¡cuanta fue nuestra sorpresa, cuando le oímos responder de esta suerte! *este, amigo, es el colegio de los mas adelantados; pues la casa grande es toda la España, ó una parte muy considerable de ella.*

Su respuesta aguda y sábia nos confirmó en nuestro primer juicio de que aquel hombre estaba mas cuerdo que muchos de los que andan por las calles; pero el loquero que se hallaba ya à nuestro lado, y conoció la perplexidad en que estábamos, desvaneció luego nuestra duda, diciéndonos en secreto: el mismo fundamento que tienen vds. para creer que este hombre está en su sano juicio, deben tener para conocer su locura, porque ya saben por nuestro antiguo adagio español *que los niños y los locos dicen las verdades*. No todos, contestó el demente, que percibió lo que se hablaba: eso era bueno para los locos antiguos, que dexaron, como yo, lo mejor de su cerebro en esta santa casa; pero los locos modernos que han aprendido esta ciencia por principios; ó por decirlo mejor, los locos que no fueron meros lectores como yo; sino que se formaron escribiendo sin leer; esos mienten mas en una sola página, que todas las fes de erratas habidas y por haber en las imprentas de los malos impresores.

En estas contestaciones nos fuimos todos introduciendo por los varios departamentos que tiene la casa, sin que el loco viejo se quisiese separar un momento de nuestro lado, por haber conocido tal vez en nosotros algun mas discernimiento sobre esta clase de gen-



te. Allí fuimos viendo con admiracion lo deplorable que es la cabeza de un hombae cuando se le descomponē la rueda catalina, y los diversos géneros de locura que suelen asaltarla. Observamos á unos, cuya fuerte mania era el tener á todos por locos, sin conocer que ellos tambien lo estaban. Vimos á otros, que por su alta gerarquía y nobleza, se tenian por parientes del Padre Eterno, sin embargo de asegurar *que todos los hombres eran iguales por naturaleza*. Exáminamos á uno que se persuadia ser el Rey de España, y que todos iban indecentes á su presencia, estando él en cueros vivos, y con una cadena á la cintura. Vimos á una muger que rayaba ya en los sesenta años, á quien todos los que veía le parecian pretendientes de su persona para un santo himeneo. Notamos otra, cuya elegante hermosura, segun su juicio, deslumbraba con sus resplandores aun aquellos ojos que fuesen tan lagañosos como los suyos. A uno le daba por poeta; á otro por médico; á esotro por astrólogo; á no pocos por músicos y pintores; y á todos generalmente por científicos é ilustrados de moda, sin que se escapasen tampoco de esta peligrosa manía todas las hembras que allí estaban, con tal que vistiesen trages de coco con mangas bobas.

No podré explicar á Vd. amigo mio, la risa que nos causó escena tan chusca; cuando acercándonos disimuladamente nuestro sentencioso loco, nos dixo en tono flemático y circunspecto = no tendrán Vds. que extrañar estas clases de locura, siendo ellas en el dia como los cristos ó la cartilla de la locura refinada; y locos de esta naturaleza los hay por esas plazas y calles á manadas como las ovejas trashumantes: la quinta esencia, el plantel, la almaciga, el depósito, el almacén y como el museo de la verdadera locura lo verán Vds. ahora en los varios departamentos de aquel alto edificio que se está allí construyendo; Pues qué viene á ser aquello? le preguntamos entonces movidos ya de alguna curiosidad. Es una casa de beneficencia pública, respondió el loco, que se ha mandado agregar á ésta, porque ya no caben aqui los enfermos, añadiendo dos ó tres galerias más, para que sirvan como las cuadras de los éticos que hay en los hospitales, por ser esta nueva locura tan contagiosa; que si en la nuestra *un loco hace ciento*; aquella da sin duda á mil por simiente, por mas estéril que sea el año, y mas ingrata la tierra. ¡Valiente prodigio! con-



testó mi maestro: ya no es extraño que en nuestra España sea la cosecha tan abundante, cuando tanta semilla se ha arrojado en ella de veinte años á esta parte; pero vamos adelante, y veamos la nueva obra, adonde principalmente se han de dirigir desde hoy mis visitas.

Caminamos en efecto hácia el sitio indicado, cuya vista nos franqueó el loquero por medio de una pequeña puerta, que abrió inmediatamente con una de las llaves que llevaba en la mano. No puedo explicar á Vd. la confusion que nos causó la brillante perspectiva de aquel lugar, y las escenas tan graciosas que en él notamos. En una galeria como de cien varas de longitud, habia desde luego mas de cien mesas repartidas por toda ella, y otros tantos recados de escribir, con sus tapetes, campanillas y otros utensilios que indicaban muy bien el ayre diplomático de aquella gente. Todos tenian anteojos verdes, como hombres de vista cansada por los estudios; y por tales los tuvimos todos, hasta que dándome gana de sacar el lente teatral, que llevaba en el bolsillo, me puse á observarlos uno por uno, por ver si conocia á alguno de los actores de aquel teatro mágico. Todos ellos estaban en acto de pensar con la pluma en la mano y arqueando las cejas con mucho misterio, hasta que estando ya bien pensados todos, se tocaba á escribir con grande prisa en la oficina de su cerebro. Era tal el ruido que hacian entonces sobre el papel todas aquellas sublimes plumas; que retumbaba por toda la sala un estrepitoso murmurio, á manera del que causan los gusanos de seda cuando rompen las hojas de las moreras. Pero cuánta fue mi sorpresa, cuando pensando ver en aquellas mesas unos Arias ó Tostados, me eché á la vista unos ingenios tan crudos como las calabazas de barbate. Todos eran hombres de la primera tixera en las casas de los sastres, ó de la primera pluma en las oficinas secretas de las cobachuelas subterráneas.

Cuando mas admirado y absorto me hallaba contemplando este vistoso cuadro; no puedo decir á Vd. el alboroto que comenzó á causar uno de los jóvenes que al entrar se habian incorporado con nosotros para ver la casa; pues soltando la risa de repente con un repique general de quixadas; eran tan violentas las convulsiones de sus ijares; que sin poder contenerse por mas tiempo, cayó á mis pies en el suelo, rendido cruelmente á la fuerza de su ale-



gre parasismo. Nos asustamos todos , como era regular , y tratamos de echarle sobre el rostro una rociada de agua fria para que volviese mas pronto. Abrió entonces los ojos , que tenia escondidos cerca del cerebro , y entre un descomunal suspiro , nos dixo estas lastimosas palabras ; ¿ quieren Vds. echarme mas agua fria que la que ha caido sobre mi corazon al ver esta ridícula perspectiva ? ¿ No observan Vds. á aquel ingenio español que está en aquella mesa escribiendo á todo trapo , hasta con las narices , por ser tan prolongadas ? pues no ha muchos dias que pasando yo por una de las escuelas de esta ciudad , estaba deletreando con mil trabajos los Cristos , que habia ya olvidado para meterse á escritor pensionado por el filosofismo. Valiente cosa , dixo entonces nuestro loco comitante : de poco se espanta Vd. amigo ; conque ¿ qué diría si hubiera visto á esotró que está en aquella mesa inmediata con honores de elefante , que entró á cuatro pies en esta santa casa , y al momento que volvió á jurarse la Constitucion y establecerse la libertad de imprenta , se fue enderezando poco á poco , y tomó la pluma con tal ayre , que ha derribado ya sesenta casas con este vendaval , y á esta hora le han pasado mas de cuarenta cursos que se ganó con el primer papelito , que echó á volar por esos mundos como si fuera cometa ? Vaya vaya ; se conoce que no está Vd. templado por estos tiempos , ni que penetra la fuerza de un entendimiento en prensa , ó de un hombre aprétado de la necesidad , ó de la locura : si así no fuera , no le causaría tanta novedad un prodigio , que es ya tan usual y comun en nuestros dias , aunque tan raro y extraño como el de S. Nicolás de Bari. Ya ibamos á preguntarle cuál era , cuando el agudo loco satisfizo nuestra curiosidad diciendo. Llegó á exáminarse para las órdenes un estudiante , que seria sin duda escritor á la moderna , á quien pusieron para construir la oracion del Santo que comienza *Deus , qui Beatum Nicolaum Pontificem innumeris decorasti miraculis*. Hizo aqui punto el exáminando , despues de haber leído el periodo con harto trabajo , y comenzó á traducir de este modo : *Deus* , ó Dios , *qui túque , decorasti* te tragaste , *Beatum Nicolaum Pontificem* , al bienaventurado Nicolas Pontífice , *innumeris* , por los hombros. Hombre de Dios , exclamó aqui el exáminador lleno de espanto ; ¿ por los hombros se lo habia de tragar ? Si señor , respondió el ordenando muy satisfecho é hincha-



do: nóte Vd. lo que dice al fin de la cláusula, y no tendrá que extrañarlo: *miraculis*, ahí está el milagro; pues por la boca yo también me lo tragara. Semejante á éste son los prodigios que se advierten en esta clase de escritores: leyendo y estudiando toda la vida, cualquiera podrá ser escritor de nota, si le acompañare el genio y el estilo; pero el milagro está en que la ilustración y sabiduría se les introduce á los nuestros hasta por la boca envuelta en un tragito de Xerez ó de Ron, para escupirla despues por el colmillo, como los matones andaluces, y llenar de inmunidia todo cuanto encuentran por delante. Pues si esto es así, dixo mi maestro volviéndose á nosotros, vámonos á visitar otra cuadra, ántes que nos ensucien de verde estos enfermos, porque su locura es del todo incurable, por haberse pasado al corazon desde el cerebro; mas porque no digan que tomo el dinero de vólde pondré aquí una recetita muy eficaz, que es la única que ha causado algun provecho á tal cual enfermo de éstos, que no estuviere muy consumado. Traxo en efecto el loquero el tintero y papel, y escribió D. Crispín de esta manera: Recip. de leña gruesa una arroba, dividida en doce pildoras de á dos varas, que darán al enfermo de dos en dos horas. Si con esta medicina no sana, añadió el Doctor, *requiescat in pace*, y caminar con él á las catacumbas del matadero.

Con esto tomamos la puerta para pasar á otra sala, sin desampararnos un instante el loco sentencioso. No bien entramos en ella, cuando nos topamos con algunos enfermos hasta sin camisa, cuya locura principal era, segun oimos, tenerse por Soberanos, nombrando cada cual, desde una jaula donde estaba encerrado, todos los empleos y dignidades de la nacion, á semejanza de los obispos *in partibus*. A uno de sus compañeros daban el título de Asistente, á otro el de Gobernador, á esotro el de Arzobispo, sin que se olvidasen por eso del arreglo del clero, de la demarcacion de las provincias y de la creacion de cuerpos militares, sin embargo de tener cada uno atada á la cintura una cadena, y llevar de cuando en cuando dos ó tres latigazos del loquero, que no se descuidaba mucho en materias de tanta importancia.

Dexamos á estos también por incurables, cuando volviendo el rostro al costado frontero de la sala, vimos otros cuantos locos, que algo mejor pergeñados y vestidos se burlaban de los primeros,



y se hallaban en ademan de resolver algun grande problema, conferenciando á cada instante unos con otros, despues de leer con frecuencia en un libro, que abrian todos y cerraban con mucha admiracion y misterioso espanto. No pudo ménos que causárselo á mi maestro esta clase de gente, y llegándose al primero, le pidió el pulso, por ver si conocia la causa de su dolencia. Lo notó en efecto muy alterado y desigual, y sin poder atinar todavia en el origen y progreso de su enfermedad, se nos acercó al oido el loco machucho, y nos dixo con disimulo: este enfermo padece de cámaras desde que lo tuvieron atado unos cuantos dias á la cadena con los de alli en frente, notándose tambien en él de cuando en cuando algunos síntomas de ese mal, que llaman *vólvulo ó misere-re*. ¿Qué ha tomado este enfermo, preguntó el Doctor al loquero, que tanto daño le ha hecho? No ha tomado otra cosa, contestó éste, que unas píldoras ferruginosas, que le recetaron dias pasados unos médicos extrangeros, y desde entonces anda como Vd. nota, sin sueño alguno, mas trastornada su cabeza, vuelta del reves la camisa y descompuesto enteramente por la cámara, sin hacer mas que leer ese maldito libro, que tienen todos en las manos, y segun mi juicio, les ha desorganizado el suyo.

Ya iba mi maestro á tomar la pluma para recetarle unas lavativas emolientes, cuando metiendo el ojo hacia el libro ya dicho, vio que era nada ménos que el *Espíritu de las leyes* del Barón de Montesquieu, que tan graves enfermedades de espíritu y de cerebro ha ocasionado en este mundo. Ya dimos con la tecla, dixo volviéndose hacia mi, y esta clase de locos es como la de aquellas petrimetas pobres, que en no pudiendo ya salir á la calle con un vestido muy ajado y conocido, lo tiñen de otro color para engañar á las gentes con su nueva gala, sin dexar de ser la misma ¿me entiende Vd.? Si señor le respondí al punto, y por lo que yo conozco, estos son unos locos, que quanto mas astutos y disfrazados, tanto son mas temibles que los primeros, aunque son mas fáciles de curar, si logramos refutar su manía, y convencerlos de sus errores: entremos en discusion con éste, pues tal vez en su convencimiento, podremos ganar á sus compañeros, ó al ménos abrir los ojos á los sanos que nos acompañan; para que no vengán á parar en esta casa.

Acercose en efecto mi maestro al loco, y preguntándole por el



argumento de aquella obra que tenia en las manos; le respondió este con tono magistral y algo exáltado: este es un libro de oro publicado en Francia por los años de 1748 para librar à las naciones del yugo tiránico de un poder absoluto, que hasta aquí tanto las ha oprimido. *Es el espíritu de las leyes del célebre Montesquieu*, à cuyo sublime ingenio ha debido la humanidad su redencion, y la conservacion de sus derechos naturales, por los inconcusos principios que establece en esta grande obra digna de tal hombre. La tengo leida y meditada muy despacio, contestó el Doctor; y sí à los demas pueblos del mundo ha hecho tantos beneficios como à los de la Europa, es digna mas bien de los demonios, que no de un hombre racional y cristiano filósofo. En ella no hizo otra cosa su autor que preparar el camino à los malvados *Rousseau*, *Weishaup*, y despues à los *Sieyes*, *Robespierres* y demas jacobinos para su revolucion espantosa.

Vd. amigo mio, no podrá dexar de confesar la ~~verdad~~ de esta asercion de mi maestro, y que no hay para las naciones mayor desgracia que los grandes talentos mal dirigidos; porque apoyado el error sobre un gran nombre, suele tener muchas veces mas secuaces que la misma verdad. *Montesquieu* debió sin duda à su grande reputacion el que su nuevo sistema hiciese tantos prosélitos en la Europa, cuantos hoy vemos, y que sus principios falsos, erróneos, quiméricos y desorganizadores trastornasen en nuestros dias à todo el orbe político. Es verdad que *Montesquieu* aunque fuese mas tolerante, ó mas indiferente que *Voltayre* en las opiniones religiosas; quiso no obstante considerar el gobierno monárquico bajo el punto de vista, que le inspiraba su desafecto, y se propuso luego arreglar la autoridad de los Reyes por sus ideas de libertad política, que ya abrigaba en su corazon corrompido. Tales eran ellas al concebir su obra del *espíritu de las leyes*; que aun quando la libertad religiosa hubiera sido en ella tan ilimitada como la pretendia el impío *Voltayre*; no se hubiera contemplado ménos esclavo, interin aquella autoridad no estuviese reglada por la division y separacion de los tres poderes legislativo, ejecutivo y judicial, que estableció en su sistema,

En él intenta persuadir que no hay libertad alguna, quando el poder legislativo está del todo reunido al ejecutivo ó judicial en una misma persona, ó en un mismo cuerpo de magistratura; porque



*se puede temer entónces que el mismo Monarca ó Senado hagan leyes tiránicas, para egecutarlas ó aplicarlas tiránicamente. Espirt. de las leyes. lib. 11. Cap. 6.* Cuando Montesquieu sentó este principio, no pudo dexar de conocer que decia á todos los hombres en buen romance = vosotros creereis sin duda que sois libres y vivís seguros baxo la conducta y dominacion de vuestros Reyes ó de vuestros Senadores; pues sabed que vuestra opinion es del todo falsa, y que no gozais de aquella libertad verdadera, que nace de la seguridad, entre tanto que vuestros Soberanos reúnan el doble poder de la legislación, y de la execucion ó aplicacion de las leyes: es preciso pues, ó separarlos de todo punto, ó resolverse á vivir para siempre en el terror de las leyes tiránicas y de su tiránica execucion.

Segun la opinion de este autor, no se componía todo el mundo sino de tristes esclavos, á quienes él pretendia exhortar á romper unas cadenas, cuyo peso no sentían, por la costumbre de llevarlas gustosamente: luego segun su locucion capciosa, se debia inferir sin duda que el género humano necesitaba precisamente de una revolucion general para conquistar su libertad, y sacudir el yugo tiránico que le oprimia. Por mas que se quiera excusar la intencion, de Montesquieu, diciendo que inventó principios sin preveer sus consecuencias; no podemos creer de modo alguno que hubiese un hombre tan estúpido, que arrojando la tea encendida entre los Soberanos y los súbditos, no tuviese ánimo de levantar el incendio, y abrir la puerta à *Juan Jacobo Rousseau* para que à los cuatro años saliese con su *contrato Social*, democratizando enteramente el sistema revolucionario de su maestro.

Es verdad que éste no intentó, como el otro, colocar el poder legislativo en las manos del confuso pueblo; sino depositarlo en los *Estados generales*, que lo representasen mas sabiamente en sus tres clases de *Clero*, *Nobleza* y *Cámara popular*, como nuestras antiguas córtes por estamentos; pero habiendo ya exhortado à los súbditos à recuperar su libertad, separando de sus Reyes el poder de hacer la ley, y arrogándoselo ellos, de cualquier modo que fuese, para vivir seguros de la supuesta tiranía, ¿no ponía el rezbaladero à los jacobinos para que à pretexto de asegurarlo mas contra esta tiranía, enseñasen al pueblo à ser el legislador absoluto sin las pesadas trabas del clero y de la nobleza? En efec-



to, la experiencia misma lo ha demostrado; y el sistema falso y absurdo de *Montesquieu* no solo ha desorganizado á su nacion; sino que ha envuelto ya á casi toda la Europa entre los horrores de la mas desoladora anarquía.

De aqui debe Vd. inferir, amigo mio, al contemplar las ideas revolucionarias, que han reynado poco hace, y aun están todavía fermentando en nuestra España: debe Vd. digo, deducir allá para su Sayo y decirse á si mismo: Si los *Estados generales*, ó las *Córtes por estamentos*, solo consultivas, donde las pasiones desenfrenadas del populacho eran encadenadas y equilibradas por el peso y fuerza del alto Clero y de la nobleza, han sido el hacha incendiaria conque los malvados jacobinos pegaron fuego á la Europa hace 75 años, sin que todavía se hayan podido extinguir sus centellas devoradoras; qué podremos esperar de esas *Cámaras legislativas*, conque los reformadores de nuestra Constitucion quieren paliar sus ideas revolucionarias? ¿Qué pensaremos de unas Cámaras, que despojan al Monarca, de la parte mas esencial de su Soberanía, que es hacer la ley; que dividen su poder con el pueblo tumultuario, y que sostienen y conservan las formas electivas, donde la intriga, la fuerza, el engaño, el soborno y las pasiones de los malvados deciden siempre sobre la suerte de la nacion y de su Soberano? ¿Qué diremos en fin de unas Cámaras, donde los dichos reformadores tratan de confundir la alta fortuna con la nobleza, á fin de envolver á ésta con el pueblo, por la eleccion de los hacendados para la clase alta, y hacer de todos una asamblea tan jacobina como la que nuestra constitucion aborta en todos sus títulos principales? Pero de esta materia trataremos en adelante con mas fundamento, porque no quiero privar á Vd. del gusto que tendrá en saber las discusiones de mi sabio maestro con el camarero loco.

Apenas escuchó este la invectiva del doctor, cuando salió fuera de sí como un energúmeno, apelando en su biliosa furia al examen y juicio de la razon, de que siempre huyen nuestros filósofos, al menos que no estén ya tan locos como éste: quiero, dixo dando una palmada en el libro, que me pruebe Vd. la falsedad de mi aserto, haciéndome ver que el sistema de mi maestro es erróneo y revolucionario, como ha tenido el atrevimiento de afirmar tan inconsideradamente, pues de lo contrario, con el permiso del Se-



ñor enfermero y de su rebenque, le romperé la cabeza en un *santi amen*, para librar à la humanidad del peligro próximo de morir à sus manos. Decia ésto alzando tanto las suyas, y encaxándose tan encima del pobre Doctor; que temiendo este perder el pedestal de su borla, comenzó à satisfacerle mas que depaso, sin perjuicio de la primera reconvencion que le hizo el loquero con un estrepitoso latigazo.

Amansada ya ún tanto la furia del loco con este específico, que ignoraba mi maestro; comenzó éste à decirle de esta suerte. Digo y afirmo ante todo el mundo que el sistema de Montesquieu no solo es *falsísimo* y *quimérico*; sino que es tambien *el origen y principio del trastorno general de toda la Europa*, que hoy experimentamos tan à costa nuestra. Es falso y erróneo en todas sus partes, porque ni en Francia, donde escribió el autor, ni en España, donde ya se han propagado sus ideas, ni en alguna Monarquía regulada por la ley de la naturaleza, ha existido jamas esa supuesta tiranía; ni ella puede temerse de modo alguno con la reunion de los tres poderes. Cualesquiera que hayan sido las formas legislativas de los Franceses y de los Españoles en los primeros tiempos de su monarquía, es constante y bien sabido que cuando *Montesquieu* publicó su sistema, la mayor parte de los Reyes, segun el mismo autor, al derecho que tenían de hacer executar las leyes, reunian tambien el de establecer y dar ellos mismos aquellas otras que les parecían necesarias ó útiles à su gobierno, y el de juzgar por sus magistrados à todo ciudadano que las quebrantase.

Esta reunion de poderes constituía un *Monarca absoluto*, cual era necesario para formar un verdadero Soberano, que segun el derecho natural, debe poder él solo todo lo que puede la ley, como probaremos en adelante. En esta misma época se hallaban los Españoles y Franceses muy distantes de confundir este poder absoluto, que es necesario en todo gobierno como el último término de la autoridad legal, con el poder arbitrario y despótico, que es perjudicial en todas partes.

En las Repúblicas mismas se notaba tambien este poder absoluto en sus Senadores ó Diputados, y no carecian de él tampoco los Estados mixtos en la union simultánea de un Monarca y de un Senado. Los Españoles y Franceses lo hallaban en su



Rey, cuya voluntad suprema, manifestada legalmente, era el último término de la autoridad política: Esta voluntad suprema constituida ya en ley por las formalidades y requisitos de derecho, era un vínculo tan estrecho para los vasallos, como para los Reyes, conociendo éstos que la primera ley del Soberano *era observarlas todas*. Con esta sola obligacion por parte del Monarca, nada puede haber despótico ni arbitrario, cuando sabemos que el despota es aquel Gefe que no tiene mas regla que sus caprichos ó voluntad momentánea, baxo la cual no puede salvarse la tranquilidad de un ciudadano, que ignora ciertamente si hoy le castigará su Señor por aquello mismo que ayer le mandó executar legalmente.

Este mismo poder de dar la ley tenia juntamente sus reglas invariables, tanto entre los Españoles, como entre los Franceses, en cuyas dos naciones se hallaba primeramente subordinado á todas las leyes primitivas de la monarquia, y á las naturales de la justicia. No podia tampoco extenderse al derecho de violar las propiedades, ni la libertad civil, ni la seguridad del ciudadano. Era tambien de ningun valor este poder absoluto, cuando se exercia contra las leyes fundamentales del reyno, ó contra los usos y privilegios de las Provincias, cuyos derechos juraba conservar el Monarca en su elevacion al trono. Se hallaba asimismo moderado por los altos cuerpos de magistratura, que estaban encargados de examinar las leyes ántes de promulgarlas, representando al Rey sobre lo que notaban en ellas de perjudicial al bien público. Lo estaba tambien por la disension de las leyes hecha en su consejo, y por el mismo interés del Monarca, cuya injusticia en las leyes redundaría contra él mismo, estando obligado á observarlas todas, para el buen orden y direccion de su gobierno. Se hallaba moderado finalmente, por el objeto mismo de la ley, que siendo general para todos, no le permitia al Soberano hacerla segun sus miras, odios, venganzas, ó resentimientos particulares. Pero lo que mas ligaba al Rey con sus vasallos era aquel vínculo de amor, de confianza, de estimacion y de un entusiasmo reciproco, que los unia mutuamente, y que alejaba de los súbditos toda idea tenebrosa de tiranía y despotismo en su Monarca. Los Reyes sabían muy bien que reynaban sobre un pueblo libre; y el pueblo reconocia en su Gefe á un Padre universal nivelado por las leyes de la justicia. En una palabra, si la libertad política consiste en que el



vasallo pueda hacer impunemente todo aquello que no le prohiben las leyes, y en que éstas no prohiban ó manden al vasallo particular cosa alguna que no sea para el bien general de la sociedad, y felicidad del Estado; podemos asegurar abiertamente que en ninguna parte era el ciudadano mas libre que en España y Francia observando sus leyes.

Es verdad que en estos últimos tiempos hubo algunos abusos en el gobierno, como los habrá siempre en toda sociedad de hombres; mas ellos, en primer lugar, no fueron efectos de las leyes, ni de la reunion de los tres poderes; sino de la inobservancia de ellas, y de la mala aplicacion ó execucion de sus mandatos hecha por los subalternos del Monarca. No fueron tampoco resultados de la potestad absoluta, hallándose ésta coartada, en la execucion y aplicacion, por las reglas de la ley; y la ley moderada por los usos y costumbres, por los fueros y privilegios del país, por las mismas leyes naturales, y por las primitivas de la monarquía. No fueron en fin, resultados de una Soberanía absoluta; sino de los mismos sofistas y jacobinos que tanto han declamado contra estos defectos; pues habiendo ellos corrompido con sus máximas los verdaderos principios de la Religión, de la moral y del derecho público; no debieron extrañar que algunos ministros irreligiosos, inmorales y sin principios sólidos no quisiesen escuchar la voz de la razón y de la ley, por seguir el tumulto de sus pasiones, y el atractivo pernicioso de sus intereses. Así es que en ninguna de estas monarquías ú otras semejantes se quejaba el hombre sabio y sincero de su Rey; sino de las violacion de las leyes; ni pretendia tampoco la revolucion ni el trastorno de ellas; sino su exácta observancia, y que volviesen á recuperar su energía.

Si algun vicio real y verdadero pudo hallarse en el gobierno frances y español, que apareciese con visos de arbitrariedad y despotismo, eran las órdenes reservadas de prision ó destierro, que solian dar los Monarcas de ambas naciones entre la obscuridad del sigilo; mas estas órdenes ni eran tan ilegales como se piensa, ni recaían ordinariamente sobre todas las clases del Estado, ni eran tampoco efecto del despotismo y arbitrariedad de los Reyes. Es verdad que en ellas no se seguian los trámites ordinarios de un proceso legal y público con los traslados correspondientes



para la defensa del reo; pero no se condenaba tampoco á ninguno sin una informacion verbal de testigos que depusiesen sobre su conducta; y todo lo que se practicase fuera de este órden, era mas bien una sorpresa y engaño hecho al Soberano por un mal ministro, que abusase de su confianza ó de su nombre; que no un despotismo por parte del Monarca. No se expedian tampoco las tales órdenes, hablando en general, contra la clase media y vulgar del pueblo; sino comunmente recaian sobre los escritores sediciosos, sobre los intrigantes que cercaban las córtes, sobre los Supremos Magístrados en sus diferencias con los ministros, sobre los hijos ó parientes incorregibles, que pudieran en adelante deshonorar las familias, ó sobre las personas decentes pero viciosas, cuya conducta relaxada no podia probarse jurídicamente, sin una ruina pública y ruidosa en el honor, y buena fama de muchas personas distinguidas complicadas en sus delitos.

Pero estas órdenes reservadas no eran en tales casos, como se dice, unos efectos y resultados propios del despotismo; eran mas bien dispensaciones de un padre comun, que contemporizaba con el honor y delicadeza de sus hijos; eran unas gracias que concedian los Reyes, dispensando el juicio ordinario, para evitar la infamia de las familias honradas. Asi es que si se exámina con atencion el origen de tales órdenes, lo hallaremos mas bien en el caracter moral de los mismos Españoles y Franceses; que no en la arbitrariedad del Monarca, siendo absolutamente necesario que ó se dexase al Rey este derecho, cuyo uso solicitaban los mismos vasallos, ó que variasen estos sus opiniones con respecto al honor de su gerarquía.

Era tal la preocupacion de las familias francesas y españolas sobre este punto, que aunque no fuesen muy distinguidas, se consideraba cada cual deshonorada por el castigo legal y público de cualquier pariente por lejano que fuese. De aqui nacia que para huir los padres ó deudos de este juicio legal, suplicaban al Soberano que mandase asegurar á un vicioso, cuya relaxada conducta arruinaba, deshonoraba y aun llegaria del todo á infamar la familia, siendo juzgado y castigado públicamente por las leyes del reyno: de suerte que si bien se mira, no hacia otra cosa el Rey en estos casos, que auxiliar con su autoridad y fuerza los



derechos naturales de potestad que tenia un padre sobre sus hijos ó familia para corregirlos ocultamente y sin tanta deshonra. Si en el delincuente se reconocia alguna esperanza de enmienda, la cartaorden era entonces solo correccional y limitada; pero si el delito era grave y verdaderamente infamatorio, quedaba el criminal encerrado para siempre, si su reincidencia y obstinacion lo imposibilitaban para otro remedio.

Tan lejos estaban los Españoles y Franceses de reclamar sus derechos naturales contra estas órdenes secretas; que en sus grandiosas ideas sobre el honor, hubieran sentido mucho que se les quitase un medio tan prudente para conservar la honra de sus familias, cuando él por otra parte no perjudicaba en nada á la sociedad, que de una manera ó de otra tenia tambien derecho á libertarse de un miembro perjudicial y corrompido. Es verdad que este medio era accidentalmente peligroso en las manos de un mal ministro, que podría valerse de él contra un ciudadano inocente, autorizándose con el nombre del Rey; mas ni este vicio estaba por esencia inherente al gobierno absoluto; ni aqui se hallaba nada de despotismo en el Monarca, de cuya confianza se abusaba por la corrupción del filosofismo difundido en las Cortes, ni este abuso en fin alcanzaba á todas las clases del Estado, como se ha dicho; sino que se hallaba solo reconcentrado en una parte tan pequeña, que á ningun Español ni Frances le pasaba siquiera por la imaginacion, cuando se publicó el *Espíritu de las leyes*, el que viviese sujeto á un gobierno arbitrario y despótico.

Pero supongamos por un momento que el tal abuso tuviese que seguir indispensablemente á la soberania absoluta; nunca tocaria él sino á una parte de la adinistracion pública de justicia; mas nó á la esencia del Estado y al órden general del gobierno, como hace la division de poderes. El pueblo constituido en legislador, hora sea por si mismo colectivamente, hora por medio de cualquiera clase de asambleas que lo represente, no solo ata las manos al Monarca para que no pueda corregir los desórdenes de la multitud con decretos justos, sino que impide tambien la execucion de las leyes y aun la aplicacion de ellas, cuando las pasiones exáltadas de la muchedumbre forman la Soberania, segun hemos experimentado; pues estando las leyes establecidas pa-



ra contener á los malvados que trastornen el órden público, y componiendo siempre éstos la mayor parte del pueblo Soberano; se dexa ver claramente que ni han de dar leyes contrarias á sí mismos; ni han de elegir representantes que repriman su libertad desenfrenada; ni han de permitir tampoco que se apliquen ó executen aquellas, que puedan castigar sus excesos.

Aun hay otro vicio nó ménos desolador y monstruoso; porque aunque el pueblo colectivo, ó representado pudiese ser tan justo, que reprimiese en si mismo lo propio que apetece; nunca pueden estar tan de acuerdo los tres poderes, que caminen á un fin simultáneamente, segun haremos ver en adelante, siguiéndose por precision de todo esto, no tan solo el entorpecimiento de la justicia y de la administracion pública; sino el trastorno general y la ruina del órden social sobre que se sostiene el Estado.

No es menos palpable el error de *Montesquieu* cuando todo lo da por perdido si el Soberano que da la ley, tiene tambien el derecho de juzgar á los contraventores de ella. Debiera mas bien decir este autor que todo estará perdido, segun hoy vemos, si el Gefe Soberano no tiene poder alguno para hacer executar ó aplicar la ley que ha dado, porque entonces no será el Soberano sino una fantasma, y su autoridad no pasará de una sombra inermis y sin alguna fuerza, nó pudiendo llevar adelante lo que ha mandado.

Pero prescindamos por ahora de una reflexion tan obvia, y hagamos ver á *Montesquieu* que sus temores serian mas fundados si el Monarca legislador, y el Monarca juez fuesen una misma cosa, cuando tuviera éste que sentenciar en causa propia, ó sobre sus diferencias con los demas vasallos; ó cuando el Rey legislador, en alguno de sus juicios, comenzase por quebrantar la ley que arregla en la monarquia el número de Magistrados y de votos, que son precisos para condenar ó absolver á cualquiera; pero no siendo de este modo, debemos decir sin rebozo alguno que su temor es infundado, y vanas sus reflexiones sobre este punto. En España, en Francia y en todas las naciones cultas la ley primera de todas es la de la naturaleza, que jamas permite al Soberano ni á los Magistrados juzgar en causa propia, ó cuando se versa el juicio acerca de sus intereses particulares. Así vemos que en ambas monarquias era el mismo Soberano juzgado por la ley y por los



tribunales, en sus diferencias particulares con los súbditos.

En Francia y en España sabemos asimismo que aunque el Rey es el primer Magistrado del pueblo con derecho de vida y muerte dado por Dios y por la misma naturaleza; no ejercia, sin embargo, el poder judicial sobre sus súbditos, sino por medio de los Magistrados y tribunales nombrados por él mismo, que son los órganos é intérpretes de la ley en todos los casos que es necesario explicarla, ó hacer de ella la aplicacion debida. Con esta noticia y conocimiento que tiene nuestra nacion en esta materia, tuvo luego por falsas y suplantadas las órdenes de nuestro Rey Fernando VII, en que condenaba à muerte por sí mismo à los Capitanes generales de cuatro provincias por los años de 1814, y ninguno de los gobernadores comisionados las quiso dar cumplimiento hasta consultar à S. M. y descubrir el engaño, por medio de una declaracion del mismo Monarca. Es cierto que ya se conocieron algunos Reyes pronunciar por simismos en causas de alta traycion; pero todos ellos ademas de juzgar segun las reglas notorias de la ley; no sentenciaron tampoco en causa propia; sino en la general del Estado, que era tan comun à todos los súbditos, como al mismo Rey y à los demas Magistrados que pudieran juzgarla. Por esta razon debemos decir que si el Monarca no pudiera pronunciar en esta clase de procesos; tampoco podrian los otros tribunales, cuyos individuos son tambien partes agraviadas en este género de delitos, del mismo modo que los demas vasallos. No se me arguya con los vicios que pueda haber en la reunion de poderes, pues además de ser improbable el que aquellos sean esenciales y sigan por necesidad al gobierno absoluto; saben todos muy bien que ni el abuso de las cosas prueba tampoco nada contra la bondad de ellas, ni ha sido jamas un motivo justo para abolirlas del todo. Si esta opinion debe prevalecer; ningun sistema es entonces mas digno de ser exterminado que la tal division de poderes, quando vemos palpablemente que desde su misma cuna no ha hecho mas que llenar la tierra de luto, por los abusos y ruinas que le han de seguir esencial é indispensablemente en todas las naciones donde se adopte; pero es tanta la ignorancia é insensatez de nuestro siglo, y tanto el orgullo de nuestros modernos filósofos, que pretenden autorizar sus disparates sin otras pruebas que su dicho, y los hombres estúpidos los abrazan á dos manos, sin mas examen



ni convencimiento que la voz de su nombre, Pero ya es tiempo que os haga ver, según os tengo prometido, lo absurdo é impracticable que dicho sistema aparece por cualquier parte que se mire; mas veo que se va haciendo demasiado tarde, y he oído tocar la campana para la refacción de los enfermos, y no quiero serles molesto: en las siguientes visitas os iré demostrando hasta la evidencia que los principios de vuestro maestro son monstruosos en todos respectos y relaciones, y que luego que se dividan los poderes universales de la Soberanía con otra cualquiera autoridad ó asamblea, ya sea ésta representativa del pueblo en comun, ya represente las tres clases del estado por medio de las Cámaras, ó Cortes estamentarias, será siempre peligrosísimo este sistema, y el principio y origen de nuestro exterminio, siempre que aquella tenga facultad de dar ó establecer leyes. Con esto nos despedimos para tomar la puerta, ántes que nos tomase los hocicos aquella buena gente, quando nuestro buen loco acompañante nos hizo detener un poco al pasar por la cuadra de los escritores, diciéndonos de esta suerte: no se vayan Vds. todavía, porque van ya á comer estas columnas de la patria; y verán entonces descubierto el misterio de esta científica asamblea, que tanto ruido les ha causado: ahora conocerán cuál es el espíritu que les insufla tan peregrinas ideas, para que no tenga que admirar de aquí adelante tan elevada y repentina sabiduría en una juventud tan descuidada.

Pero, hombre de Dios, lo que siento es, contesté yo, que se venda á tan baxo precio un diamante de tantos quilates; pues estoi viendo que por dos ó tres cuartos, ó por ocho lo mas, le dan á Vd. un papelon de sabiduría, que tiene para ahitarse por muchos años, aunque lo vaya tomando á sorbos como el chocolate muy caliente, ó con los intervalos debidos, como las píldoras de opio. Ese poco valor, repuso el loco, nace de que no se vende al peso; pues entonces no habia oro suficiente en todo el alto Perú para valuarlo: papelito hay de éstos que si se lo echasen á cualquiera por cobertor en el hospital de Medina, le haría quizás arrojar por los poros hasta las mismas asaduras envueltas en economía política = No en valde, respondí yo, sudan ahora tanto las prensas = ¿Pues no han de sudar, contestó el loco, si le encaxan de una vez á cada una mas de doscientas libras de boronia, que no pudiendo digerirla su estómago, la arroja á la periferia, ó



adonde puede, para descanso del cuerpo? lo que yo extraño es que no padezcan las pobres en esta época de cólicos mortales, con tantas calabazas, pepinos zocatos y berenjenas como les soplan en el buche = Una cosa me ha llamado mucho la atención, dixe yo al loco; y es que ahora no sudan tinta ni otras cosas buenas, como sucedía en aquellos tiempos de antaño en que no había venido á España esta ilustración filosófica = Cada uno suda lo que come, contestó el loco, y no se debe pedir otra cosa á la naturaleza humana: el gañán del campo, con otros muchos de corbatín filosófico, no sudan mas que gaspachadas, porque comen gaspacho; los camaleones antiguos y modernos no sudan sino viento colado, porque se alimentan con ayre; los pueblos soberanos no sudan mas que bolas de todos calibres, porque se las están tragando á todas horas sin masticarlas; los ilustrados periodistas de este tiempo no sudan sino sabiduría revuelta con tomates y un par de botellitas de pajarete, y las prensas por lo tanto, no sudan sino este mismo alimento ya digerido en el estómago de su entendimiento, porque de eso se sustentan las pobres.

En estas contestaciones divertidas nos entreteníamos con nuestro astuto loco: cuando comenzaron á traer una abundante comida á nuestros locos escritores, que se la engulleron sin pan en un *Santi amen* como si fuera un periódico, y á poco rato les sirvieron innumerables limetas de todas clases de vinos y licores, con no poca envidia del loco lego, á quien no se daba mas que agua clara. En seguida se presentaron algunos subperiodistas ó aprendices de los mas adelantados, que ya sabian hacer algunos chapucillos, y colocando una gran batea de vasitos sobre la mesa, se retiraron á fuera para venir acompañando á otra limeta extraña que conducía uno de los profesores sobre el pecho con grande misterio, y señales las mas expresivas de admiración y pasmo. Al llegar á la sala, hincaron todos la rodilla, por el respeto que les causaba una cosa tan nueva para ellos. Venía detras de esta comitiva una hermosa matrona vestida á la moderna, ó por mejor decir, desnuda á lo antiguo, con un escoplo en la mano izquierda y un mazo en la derecha, al mismo tiempo que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, como si tuviera alguna mortal pesadumbre. Yo tambien la hubiera acompañado en su sentimiento, sino hubiese visto á nuestro loco, que con los o-



jos encendidos, las narices abiertas y la boca de par en par, pegaba unas carcajadas de risa, que alborotaba la santa casa. Conociendo yo por estas señales que aquel estaba mas cuerdo que los otros locos por principios, le pregunté lleno de confusion la causa de su risa. A hí no es nada lo del ojo, me respondió dándome una palmada en el hombro que me dexó sin habla; si Vd. tuviera la felicidad de beber siquiera medio cuartillo del licor saludable que encierra aquella botella misteriosa, comenzaba en el momento á filosofar mas que el demonio cuando va á tentar las almas. Con este brevaie ó bálsamo de Fierabras se hallaba en un instante en entendimiento tan fuerte y robusto, y tan consumado en todas las ciencias, que no habria una que no viniese á presentársele como esclava de sus luces, para quitar el moco al candil de sus talentos. Al primer sorbertón ya podia hablar impunemente de Teología, Cánones, Leyes, Medicina, Disciplina eclesiástica, Economía política, Rentas, Marina, Táctica militar, y otras materias con tal acierto y magisterio, que podria sin duda hacer un gran papel en medio de estas aulas, donde siempre andan de tropel las bellas ideas, aunque sea con perjuicio de las costillas que se aproximanen incautamente á estos doctores. Observe Vd. ahora los primeros ensayos de estos licores, y verá prodigios y transformaciones mas asombrosas que pudiera imaginar en un de lirio. Y luego dirá esta buena gente que no hay milagros ni brujas; pues sino lo es el convertirse repentinamente una criatura, de borrico con albalda y desherrado, en un filósofo herrado hecho y derecho, con pantalon, frak y ciencia ínfusa, me parece que no hay ya que esperar cosa alguna sobrenatural, que nos asombre; ó si esto no se hace por una especie de encantamento bruñalal: váyanse en horamala todas las maravillas que nos han referido los libros de estas buenas señoras,

Todos nos hallábamos con la boca abierta oyendo las agudezas del ingenuo loco; quando cada cual comenzó á llenar de vino ó de ron su correspondiente vasito, que todos eran de á cuartillo, dexando en ellos el vacío correspondiente á su necesidad. Con ellos en la mano se acercaron á la matrona, pidiéndola tumultuariamente el socorro de su indigencia. Écheme Vd., decia uno, cuatro cuartos de ilustracion en este vaso; pues tengo que dar mañana un *Expectador político* despues de dormir la mona esta



noche, para acabar de entontecer con mis embustes á aquellas grandes cabezas, que han nacido sin duda con vocacion de columnas nacionales. Lléneme Vd. à mi el vaso, repetia otro, porque una *Espada sevillana* de sandeces é insultos no se hace asi como quiera, y es necesario tener la catalina de mi cerebro un poquito mas tónica que la de estos mis concoleas. Pues yo, decia uno que estaba allí mas exáltado de hílís, con dos cuartos tengo bastante; pues en llenando mi periódico de disparates y desvergüenzas atrevidas, me ahorro de gastar ese dinero inutilmente, y pasaré por tan ilustrado como lo están los ciudadanos que me lean.

Andaba uno entre la comparsa tan desprendido de vanidades; que se habia ya tirado su latigazo del mejor vino, sin dársele nada de la matrona, ni tener ánimo de gastar un cuarto en ilustrarse; advirtió ella ésto, y llamándole por entre la turba, le dixo que en qué pensaba: que tuviese presente una cosa de mucha importancia, y era que en acabándose aquella botella encantada, á quien el tribunal de la fé debería echar mano muy pronto; se acabaría tambien la ilustracion de su cabeza, y perdería de todo punto la esperanza que tenía de salir alguna vez de calabaza, para pasar si quiera á pepino zocato. Harto siento eso, dixo el ciudadano calabacino; pero ni mi cabeza será nunca mas de lo que ha sido hasta ahora, aunque Vd. me echase toda esa botella por lavativas; niyo estoi todavia en estado de alternar con estos *orates fratres* de primer órden; pues soi por ahora no mas que como un page de todos ellos, ó como el cuco del gran reloj de su cerebro, que repite las campanadas de su máquina descompuesta. Con destilar por el alambique de mis narices, que no es pequeño, todo lo peor que ellos nos digan, y denigrar en lo posible todas las autoridades eclesiásticas y civiles; lleno yo mi periódico abundantemente, aunque no sea sino de aquello mas digerido, y tenga que retratarme à cada momento de mi insípida ensalada. Me parece muy bien, dixo la matrona, y Dios te dé lo que mereces como á buen hijo de la patria.

Con ésto se retiraron todos á descansar de su ímprobo trabajo, llenos sus cuerpos de aquel licor, que luego los hizo pitonizar hasta por los codos, preparando las materias para el correo siguiente. Al lado de mi cuco se habian quedado otros muchos dela misma especie, y haciéndosele cargo de conciencia à la matrona el que fuese aquella gente sin ilustrarse, tomó el escoplo en una mano y el ma-



zo en la otra, y asentándolo hácia sus cabezas, comenzó à mazazos sobre el escoplo, por ver si podia abrir en ellas alguna nueva ventanilla por donde tal vez lograrse introducir un ochavo siquiera de la ilustracion que le habia quedado en la botella; mas todo fue tiempo perdido; porque rechazaba el mazo hácia arriba con tal fuerza como si fuese una pelota de viento, y asi se fueron como se estaban, para mantener con ellas las bóvedas de la nacion, si se fueren tal vez cayendo por causa de sus compañeros.

Admirado estaba yo, y no poco divertido, al ver aquella escena, mas nunca hubiera podido atinar con la significacion de aquel misterioso espectáculo, si nuestro anciano loco que conocíó mi confusion en el semblante, no me hubiera sacado de mis tinieblas diciendo: aquella matrona que Vd. ha visto, era la Filosofía, que venia llorando y de muy mala gana, porque tenia que enseñar à hablar à quienes nunca pueden hablar bien baxo ningun aspecto que sea justo. Traía la ilustracion en botellas, como Vd. ha notado, para que se vea lo que puede el ingenio humano, que ha inventado dar en botellas lo que solo se podia dar en hojas de libros viejos y nuevos, con grande dificultad, y con el trancurso de muchos años; mas ahora que se ha dexado franco el comercio de la botilleria, y son muy pocas las aduanas de las ciencias; tendremos botellas é ilustracion por castigo, hasta que nos dejen en pelo, y sabrán todos escribir y filosofar como se les antoje, aunque no sepan el Jesus, ni tampoco persignarse. Entre estas pláticas agradables, nos salimos à la calle, despidiéndonos del loco hasta otro dia, quien manifestó quedar muy triste por nuestra retirada, sin perjuicio de pedirnos un cuarto para tabaco, diciéndonos al mismo tiempo: rueguen Vds à Dios que los impuestos y cargas de los demas locos que han visto, sean como ésta, y que como à mi me tapan las narices con dos ochavos, le puedan tapar à ellos la boca con dos millones.

Hasta aquí amigo mio, los primeros acontecimientos de nuestras visitas, y las primeras discusiones de mi maestro con esta bella gente: agüárdeme Vd. con la segunda, en que le mostraré y deduciré las consecuencias, que deben deducirse de los ya sentados principios. Soy de Vd. con el mas cordial afecto, su verdadero amigo y servidor

*El Político Machucado.*



